HUYENDO DE UN GASTADOR.

6

HUYENDO DE UN GASTADOR,

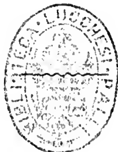
COMEDIA EN UN ACTO,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON JUAN BELZA.

Representada con extraordinario éxito en el teatro de Jovellanos el 19 de Enero de 1869.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1869.



PERSONAJES.	ACTORES.
—	—
DOÑA BENITA, esposa de D. Rufo.	SRAS. FENOQUIO.
ENRIQUETA, su sobrina..........	FRANCO.
UN DESCONOCIDO..............	SRES. ALISEDO.
DON RUFO CARRACUCA........	PARREÑO.
SARAFIN.......................	MAZA (D. A.)
UN CRIADO....................	LASTRA.

La escena en Madrid y en nuestros días.

ACTO ÚNICO.

Una sala decentemente amueblada. Decoracion cerrada, á *pau-coupé*: puerta de entrada al foro y otras dos á sus costados que comunican con las habitaciones interiores y de servicio. Puertas laterales á derecha izquierda; la de la derecha, primer término, es la habitacion de Doña Benita; la de la izquierda, tambien primer término, la de Enriqueta. Segundo término izquierda, una gran ventana con colgadura, que da á la calle. Chimenea en la derecha. Velador, consolas, espejos, canapé, etc.

ESCENA PRIMERA.

Un CRIADO, despues el DESCONOCIDO.

CRIADO. (Limpiando los muebles con un plumero.) Pues, señor, demos la última mano á esta sala.

UNA VOZ. (En la calle.) No te me escaparás, bribon!...

OTRA VOZ Socorro! Socorro! (Se oye el ruido de una puerta que se cierra con estrépito: voces y murmullos en la calle. El Criado se asoma á la ventana.)

CRIADO. Qué será lo que ocurre en la calle? La gente se agrupa alrededor de un cabo de gastadores... ¡Bah! cualquier cosa; este Madrid es lo más novelero... (La puerta del fondo se abre de golpe como impulsada con violencia, y un caballe

ro, sumamente agitado, se precipita en la escena y vuelve á cerrar. Viste un traje decente, compuesto de levita y un abrigo de invierno con esclavina, de los denominados *Mac-farlane*: este abrigo debe ser de un color claro.)

DESC. Ah!... me salvé!...

CRIADO. (Volviéndose.) Eh?... qué se le ofrece á usted, caballero?...

DESC. (Tartamudeando.) El señor de... el señor don Caralampio Boriboliche, está en casa? (Quitándose el sombrero como para saludar y limpiándose con el pañuelo el sudor de su frente.)

CRIADO. Aquí no vive ese caballero.

DESC. Y dígame usted, la señora no recibe?...

CRIADO. Pero si le he dicho á usted que ese señor no vive aquí.

DESC. (Sin hacerle caso.) Y los niños? supongo que siguen bien?...

CRIADO. Dale! (Gritando.) Ya le he dicho á usted tres veces que no conozco á semejante señor... es usted tambien sordo?...

DESC. Bueno, hombre, bueno; no se enfade usted... Conque es decir que no tienen ustedes ningun Boriboliche en la casa?...

CRIADO. No, señor, ninguno.

DESC. (Sentándose maquinalmente en una silla.) Pues me parece bien.

CRIADO. (Impacientándose.) Pero, caballero, qué hace usted?...

DESC. (Levantándose.) Ah! sí, es verdad... ha sido una distraccion: que usted lo pase bien. (Dirigiéndose á la puerta.)

CRIADO. Vaya usted con Dios. (El Criado, despues de despedir al Desconocido en la puerta del foro, váse por la de servicio, que es la de la izquierda. El Desconocido, que ha espiado esta salida, vuelve á la escena inmediatamente.)

DESC. (Entrando.) Imposible, yo no puedo salir de esta casa! Qué situacion la mia!... Hace un cuarto de hora me paseaba por la acera del Suizo; estaba yo un poco alegre, es verdad; como que acababa de almorzar con un amigo en el Café Europeo; cuando de pronto, veo ve-

nir por la misma acera una bellísima muchacha... Marchaba despacio y como quien espera á álguien, lo cual me animó. Me aproximo (la casualidad nos habia detenido justamente delante de una de esas columnas que sólo sirven para ciertos usos), y la digo: «Vida mia, tus ojos me han flechado; quiero servirte de escudero y voy á acompañarte hasta tu casa.»—Pero cuando estaba en lo mejor de mi arenga, una voz de bajo profundo que partia del interior de la columna mingitoria, me dice: «Espera, bribon; conque te permites tutear y requebrar á mi novia?... ahora verás lo que es bueno.»—¡Horror! La susodicha columna lanza sobre mí nada ménos que un cabo de gastadores, el cual, sin esperar á más explicaciones, me planta la punta de la bota en... ya pueden ustedes figurarse donde seria... Yo doy un salto y echo á correr como un desesperado; me sigue, corro más; me meto por la calle de Cedaceros, pero el maldito gastador continúa siempre persiguiéndome. Por fin, viendo que no podia escapar de otro modo, al volver una esquina me meto en un portal, precisamente el de esta casa; cierro de un empujon la puerta de la calle, subo, encuentro la de la escalera abierta, me cuelo, y héme aqui!

UNA VOZ. (En la calle.) Tú bajarás, galopin.

DESC. Qué tal?... qué tal?... y aun está ahí!... el bárbaro... el asesino!... es que sin duda me ha visto entrar y... (Dirigiéndose á la ventana y observando.)

(El criado vuelve á la escena cargado con algunas rodillas, y dos escobas largas como las que usan los deshollinadores de chimeneas: al ver aun al Desconocido en la sala, demuestra su sorpresa.)

CRIADO. Pero, hombre, ¿no se habia usted marchado?... esto qué quiere decir?

DESC. (Turbado.) Esto significa... ah! si, ya me acuerdo. (Sacando su cartera.) Significa que me olvidé dejar á usted mi tarjeta, y ya que desgraciadamente el señor Boriboliche no está en casa... (Presentándole una tarjeta.)

CRIADO. Se está usted burlando de mí?...

DESC. Oh!... no por cierto: no se enfade usted, ya me voy... (Dirigiéndose á la puerta.)

CRIADO. (Ap.) Si será algun loco?... Pongamos aquí todos estos chirimbolos para cuando venga el muchacho que debe concluir de limpiar las chimeneas; por cierto que hoy se tarda bastante. . (El desconocido se para y escucha.)

DESC. Qué oigo?... esperan un desollinador!... Ah! qué idea... Vuelvo. (Váse por el foro. Serafin aparece en el dintel de la puerta de servicio.)

ESCENA II.

El CRIADO, SERAFIN con gorra y blusa ázul.

SERAFIN. (Saludando.) Perdone usted, no sé si me abré equivocado...

CRIADO. Qué se le ofrece á usted?...

SERAFIN. No es aquí donde hay que limpiar unas chimeneas?

CRIADO. Sí, señor, pero...

SERAFIN. Es que mi compañero Agustin, que estuvo aquí ayer, no puede venir hoy porque se ha torcido un pie, y me envia en su lugar...

CRIADO. Pobre muchacho!

SERAFIN. (Ap.) Y bien que me cuesta su enfermedad

CRIADO. Corriente. En tal caso puede usted empezar cuando guste; y hasta luego.

SERAFIN. Hasta luego. (Váse el Criado)

ESCENA III.

SERAFIN sólo, despues el DESCONOCIDO.

SERAFIN. Y decir que he pagado cuatro duros por convertirme en desollinador!... Yo, un muchacho rico, hijo de una buena familia! ¡Oh amor, á lo que nos precipitas! Tres meses hace que ví á la señorita de esta casa en el café cantante de Capellanes; una preciosa muchacha que iba acompañada de una mujer, ya entrada en años, que

debia ser la criada. Como hacia frio, no me quité mi bufanda azul en toda la noche, por lo cual apenas me conoce; pero en estos tres meses la he dirigido la friolera de ciento veinte cartas, sirviéndome de buzon esta ventana; y no me cabe la menor duda de que la niña no es insensible á mi amor, pues la criada las ha recogido todas, animándome con sus miradas y con sus gestos. Héme ya dentro de la fortaleza. Ahora, prudencia y pongámonos á trabajar hasta el momento oportuno en que pueda arrojar este disfraz... (Se dirige á coger una de las escobas que usan los desollinadores, pero en el mismo momento se abre la puerta del foro, y aparece el Desconocido, que se apodera de ella: viene en mangas de camisa con la levita y el abrigo en el brazo, cuyos efectos deposita con su sombrero sobre una silla.)

DESC. Demonio! un jóven! si será el muchacho que esperaban?..

SERAFIN. (Sorprendido.) Otro desollinador!... (Ambos se observan con desconfianza.)

DESC. Si dándole una gratificacion pudiera conseguir que me cediera su puesto... (Haciendo señas á Serafin y enseñándole una moneda.)

SERAFIN. (Ap.) Me enseña una moneda... Si querrá significarme que con dinero se compra su silencio?...

DESC. Veamos...

SERAFIN. Probemos...

(Ambos se aproximan y se presentan á un tiempo una moneda: la cambian, y vuelven á guardarla en su bolsillo.)

DESC. Gracias!

SERAFIN. Gracias!

DESC (Ap.) Qué será esto?

SERAFIN. (Ap.) Un misterio!... (Ambos recorren la escena á ver si alguien los escucha.)

DESC. Chit! (Poniéndose el índice sobre los labios.)

SERAFIN. Chit!... Conque es decir que es usted tan amable que consiente en que ocupe su lugar?...

DESC. Cómo?... (Ap.) Pues señor, no tiene duda; este es otro desollinador de contrabando.

SERAFIN. En tal caso preciso será que se vaya usted inmediatamente.

DESC. Marcharme yo, y para qué?

SERAFIN. Para que no sospechen, si nos ven juntos á los dos.

DESC. Lo siento, pero no puedo salir de aquí; y no crea usted que es por falta de voluntad ...

SERAFIN. Asómese usted á esa ventana.

DESC. Á esa ventana? y para qué?

SERAFIN. Si; observe usted si pasea alguna pareja por la calle.

DESC. Alguna pareja? de qué?

SERAFIN. De qué ha de ser, de guardias.

DESC. Cómo de guardias?... Caballero, qué es lo que usted intenta?

SERAFIN. Tranquilícese usted; no soy ningun ladron. Sin embargo, es posible que me vea precisado á robar algo en esta casa.

DESC. Cómo robar?... (Sorprendido.) Canario!...

SERAFIN. Es más que probable que verifique un rapto: mi carruaje me espera en la esquina.

DESC. Señor mio, por quién me ha tomado usted? Pues me gusta!...

SERAFIN. (Escuchando.) Ah!... siento ruido por este lado... no puedo en este momento explicar á usted más claramente... yo me escondo.. hasta luego. (Vase por la puerta de servicio.)

DESC. Es cierto... álguien se aproxima. Cojamos la escoba y á la faena: es preciso que no sospechen... (Coge la escoba y empieza á limpiar la chimenea.)

ESCENA IV.

El DESCONOCIDO y DOÑA BENITA, por la derecha con una maleta en la mano.

BENITA. Es la hora indicada por el jóven de la bufanda azul; por fin voy á verle despojado de ese misterioso ornamento que me ha ocultado hasta ahora sus facciones... Ah!... (Viendo al Desconocido que limpia la chimenea.) él es!... es

decir, él debe ser; lo conozco por los latidos de mi corazon!... Calla, picaruelo, calla y refrena tus ardores! (Señalando al pecho) Oh! qué hermoso es. (Contemplando al Desconocido, que se coloca en una postura ridícula.) El ángel de mis sueños!... la realizacion supina de mi más bello ideal!...

Hermoso sueño, que mi mente halaga,
deja que mi ilusion se satisfaga!...

Ah!... ¿Conque es usted el que... (Aproximándose poco á poco y con misterio: el Desconocido demuestra progresivamente su sorpresa)

DESC. Yo mismo!...

BENITA. Chit!... Silencio!...

DESC. Silencio! y por qué?... qué significa toda esta pantomima?

BENITA. (Con coquetería y muy cómicamente.) Jóven temerario, qué es lo que usted intenta?

DESC. Ya lo ve usted, limpiar á usted la chimenea, ya que el otro no puede...

BENITA. Sí; conozco su valor, y esto le hace á usted más simpático á mis ojos.

DESC. Mi valor?

BENITA. No teme usted desafiar la cólera de un marido tan feroz como el mio, y esto me obliga más y más.

DESC. Qué dice esta mujer?... (Cada vez más asombrado.)

BENITA. Pero usted no sabe; mi esposo es un tigre.

DESC. Pero señora, y á mí qué me importa!...

BENITA. De veras?... conque tanto me ama usted?... Tanto, que no teme sacrificarse por mí?...

DESC. Que si la amo á usted?... yo?... (Ap.) Pues señor, esta mujer está loca.

BENITA. ¿No recuerda usted con delicia á Capellanes?

DESC. No señora; una sola noche estuve allí y me sirvieron muy mal ..

BENITA. Cómo mal, cuando se encuentra usted aquí á mi lado; cuando he podido conseguir que mi sobrina no se entere de nada, ni aun de las cartas que usted me ha es-

crito; temí no se figurara que eran dirigidas á ella y que nuestras rel.ciones...

DESC. Conque yo la he dirigido á usted cartas?... pues es la primera noticia que tengo...

BENITA. Aquí las tiene usted todas; en esta maleta; yo no puedo cnservarlas por más tiempo; mi marido pudiera cogerlas y...

DESC. (Ap.) Pues señor, más vale tomarlo á broma. (Alto.) Y qué más?

BENITA. Pensé quemarlas en el fogon de la cocina; pero, confieso mi debilidad, no tuve valor!... Ademas, podia haber pegado fuego á la casa, y...

DESC. Pues qué, no está usted asegurada de incendios?...

BENITA. Aún no; mi marido tiene la culpa; es tan abandonado...

DESC. No lo extraño.

BENITA. Concluyamos; amable jóven. Si he consentido en recibir á usted bajo el techo conyugal, ha sido para devolverle su correspondencia. Si pude olvidar durante tres meses que no era libre, que habia jurado ¡á Orlando fidelidad eterna al pie de los altares...

DESC. Y dígame usted, señora, quién es Orlando?

BENITA. Mi esposo; aunque se llama Rufo, yo prefiero este nombre, que es más poético.

DESC. Ya!...

BENITA. Afortunadamente, aún es tiempo de recobrar la razon. Huya usted, jóven, líbrese usted de mi misma! Huya usted y olvídeme.

DESC. Crea usted, señora, que mi mayor placer será poder complacerla, y voy... (Retirándose, se dirige á la ventana, se asoma, y vuelve á cerrarla instantáneamente.) Ah... El pícaro gastador permanece aún clavado enfrente de la casa... Maldicion!!... (Bajando á la escena, y con entonacion trágica.)

BENITA. Ah!... qué dice usted?...

DESC. Lo que digo es... es que... (Sin saber qué hacer.) Imposible, señora, yo no puedo salir de esta casa.

BENITA. Pero si es preciso... reflexione usted el compromiso en que estamos.

DESC. (Cayendo de rodillas.) Ántes la muerte!... míreme usted á sus plantas. Lo que yo deseo en este momento, lo que necesito es...

BENITA. (Entusiasmada, y poniéndole la mano con coquetería sobre los labios.) Oh!... calla, calla, que me vas á hacer morir!...

DESC. Pero, señora, si lo que yo deseo es que usted sepa que mi situacion y mi presencia en este sitio no procede de...

BENITA. (Interrumpiéndole.) Siento ruido; mi marido tal vez. Ya he dicho á usted que es una especie de chacal, y si le sorprende aquí, es capaz de descuartizarle!...

DESC. (Asustado.) Descuartizarme?... Canario!... Entónces no tengo más remedio que huir... aunque sea por encima de la cabeza del gastador!...

BENITA. Tome usted sus cartas. (Entregándole la maleta, que el Desconocido toma casi maquinalmente.) Es el cuerpo del delito!... (El desconocido, completamente trastornado, se dirige sucesivamente, y segun lo indica el diálogo, á todas las puertas con la maleta debajo del brazo.) Pero á dónde va usted?... Por ahí no... esas habitaciones no tienen salida... Deténgase usted, temerario jóven, esa es mi alcoba...

DESC. Por aquí entónces...

BENITA. Tampoco; ese es el despacho del tigre!...

DESC. Pues á la escalera, si no hay otro remedio... me subiré aunque sea á la guardilla.

RUFO. (Dentro.) Está bien, está bien, no faltaré.

DESC.
BENITA. } (Dando un grito.) Ah!... (El Desconocido retrocede asustado.)

BENITA. Orlando furioso!... Sálvese el que pueda!... (Doña Benita huye por la puerta de su habitacion: el Desconocido, despues de dar tres ó cuatro vueltas por la escena buscando un refugio, se oculta entre las cortinas de la ventana.)

ESCENA V.

D. RUFO; el DESCONOCIDO, oculto entre las colgaduras

RUFO. (Entrando.) Gracias al cielo que puedo verme un momento libre. Uf!... malditos negocios, maldito almacen de géneros coloniales, que tanto dinero y tantos quebraderos de cabeza me proporciona. Y, sin embargo, nada me importaria, si el bribon de mi vecino no me llevase ventaja en la calidad de los azúcares y cacaos, arrebatándome poco á poco mis mejores parroquianos. Ya se ve, como tiene tan buenas relaciones y tan excelentes corresponsales en el continente, hace sus provisiones de una manera excepcional!... (El Desconocido estornuda: Don Rufo busca con la vista, y como sorprendido, de dónde procede el ruido; pero no viendo nadie, parece como que se pregunta si será él el que ha estornudado: saca el pañuelo y se suena.) Eh?... Vamos, habré sido yo... (Continuando su monólogo.) Se conoce que me he constipado... Ah! si yo pudiera hacerme con alguno de sus corresponsales!... (Nuevo estornudo.) No, pues lo que es ahora estoy seguro de que no he sido yo. El ruido viene de ese lado. Veamos. (Se dirige á la ventana, levanta la colgadura y descubre al Desconocido, el cual le saluda temblando.)

DESC. Caballero!...

RUFO. (Con estupefaccion.) Caballero!...

DESC. (Ap.) (Orlando furioso!... pongámonos bien con Dios...)

RUFO. Tiene usted la bondad de decirme quién es y qué es lo que hace metido entre las cortinas de mi balcon?...

DESC. (Tímidamente.) Yo... yo diré á usted... hay circunstancias y compromisos en la vida...

RUFO. Hable usted un poco alto; soy algo sordo.

DESC. (Con resolucion.) Está bien... Hay una persona en Madrid á la que vengo muy recomendado... Cuando digo vengo, es que no habito esta localidad...

RUFO. Adelante, adelante.

DESC. Es un amigo de mi hermano, del comercio, y avecindado en Puerto-Rico... es decir, mi hermano es el que habita en Puerto-Rico, y se dedica al comercio de azúcares y cacaos; el otro es el que vive en Madrid... Pues señor... (Como tomando aliento ó inventando.) Mi hermano me dijo cuando me despedí de él: «Muchacho, inmediatamente que llegues á Madrid, preséntate á ese amigo; mira que te se ofrece un buen negocio: entrégale esto, lo otro, lo de más allá, y esa maleta que contiene muestras de...

RUFO. Muestras!...

DESC. Sí, señor, y aquí me tiene usted que hace seis meses busco á ese amigo, sin poder tropezar con él.

RUFO. Hombre, y pensaba usted encontrarlo hoy entre las colgaduras de mi balcon?

DESC. No señor... (Titubeando.) pero le suceden á uno en este Madrid cosas tan raras!... y como era en esta calle donde me habian dicho...

RUFO. En esta calle?... Oh! qué rayo de luz... Cómo se llama ese amigo?

DESC. Qué amigo?

RUFO. El de su hermano de usted, el comerciante de géneros coloniales .. (Aplicando el oido con interés.)

DESC. Ah! si: se llama, segun creo...

RUFO. (Que ha entendido mal.) Tadeo!... mire usted, casi lo había adivinado!...

DESC. Cómo?... el qué?...

RUFO. Que se trataba de mi vecino, de mi enemigo íntimo!... Dígame usted, no se llama Tadeo Picornell y compañía?

DESC. Justamente. (Ap.) (Salgamos del paso de cualquier manera, que despues, Dios dirá.)

RUFO. Y cuál es el negocio que viene usted á proponerle?... las muestras que usted trae en esa maleta serán por ventura...

DESC. (Dándose importancia.) Caballero, hay ciertas preguntas que me parecen algo indiscretas.

RUFO. (Dándole un golpecito en el hombro y como queriendo inspirarle

confianza.) Vamos, vamos, no quiera usted hacerse el reservado... No se arrepentirá usted, si como presumo... Conque se trata de cierto negocio de café, azúcares y cacaos, no es cierto?

DESC. Pues bien, sí, lo ha adivinado usted... pero lo que más me preocupa en este momento, es un gastador que...

RUFO. Cómo un gastador?

DESC. Nada, nada... este es asunto mio que nada le importa á usted.

RUFO. (Con amabilidad y ofreciéndole una silla.) Tenga usted la bondad de sentarse: tenemos que hablar reservadamente.

DESC. Permítame usted al ménos que me ponga mi levita...

RUFO. Cómo no... yo mismo ayudaré á usted. (D. Rufo va por la levita y le ayuda á ponérsela.)

DESC. Mil gracias. (Ap.) Pues señor, este hombre me parece muy amable!

RUFO. (Ap.) No tiene duda, se trata de uno de los corresponsales de Tadeo Picornell. Si pudiera jugarle una tostada!... si consiguiera arrebatarle los géneros que vienen á él consignados!... Qué golpe maestro! (Despues de mil cumplidos recíprocos, se sientan. Alto.) Caballero, juguemos con cartas vistas: conozco perfectamente el negocio que le ha conducido á esta calle.

DESC. (Levantándose asustado.) Cómo, será posible!... usted sabe?

RUFO. Siéntese usted y escuche. Yo soy un hombre rico y muy formal; pertenezco hace muchos años al comercio, y tengo tambien establecimiento de frutos coloniales, como ese Tadeo Picornell para el que trae usted esos géneros. Cédamelos usted, deme la preferencia... Acepto el cargo, me quedo con ellos y...

DESC. Pero...

RUFO. Y ofrezco á usted un quince por ciento de comision, dinero al contado. Está dicho: por supuesto que usted se queda á vivir en mi casa, durante el tiempo que permanezca en Madrid.

DESC. Pero, caballero, no sé si debo...

RUFO. Nada, no admito excusas; esta clase de negocios se arreglan así; su conciencia nada puede reprocharle, pues al cabo de seis meses, justo es...

DESC. En tal caso, y puesto que usted se empeña...

RUFO. Venga esa mano y no hablemos más. (Estrechándole la mano.)

DESC. Pues no hablemos más. (Se levantan.)

RUFO. Veamos... dónde ha dejado usted los géneros?

DESC. Qué géneros?

RUFO. Los sacos del café y del cacao; las cajas de azúcar...

DESC. Ah!... Sí, ya: con que las cajas?...

RUFO. Habrán quedado en los almacenes de los Doks?

DESC. Justamente... allí deben estar.

RUFO. Entónces, vamos á buscarlos inmediatamente: no estaré tranquilo hasta que no (Buscando su sombrero.) los vea en casa.

DESC. (Ap.) (Salir ahora!... y por qué no? si el pícaro del gastador se ha largado ya, bien puedo escapar con este hombre... (Va á coger su sombrero y se asoma á la ventana. Volviendo al centro de la escena.) Ah! él; todavía él!... qué hombre tan testarudo!

RUFO. (Despues de ponerse el sombrero, y abriendo la puerta.) Cuando usted guste...

DESC. (Visiblemente contrariado, y no queriendo salir el primero.) Qué hacer, Dios mio, qué hacer? (Alto.) Oh! no; despues usted. (Recíprocos cumplidos.)

RUFO. Permítame usted; yo estoy en mi casa, y mi deber...

DESC. Nada, nada, no transijo...

RUFO. En fin, puesto que usted se empeña, y sólo por complacerle... (D. Rufo sale primero: el Desconocido entónces coge las dos batientes de la puerta, y cierra por dentro con llave.)

DESC. Perfectamente.

RUFO. (En la parte de afuera.) Qué quiere decir esto?.. Abra usted, hombre! qué chancero es usted!...

ESCENA VI.

D. RUFO en la parte de afuera, el DESCONOCIDO en la escena, y despues, sucesivamente, ENRIQUETA, SERAFIN y DOÑA BENITA.

DESC. Qué hacer ahora? Dónde esconderme? Si hubiera alguna puerta falsa... (Enriqueta aparece por la primera puerta izquierda.) Ah! una mujer!... es jóven, y no debe ser insensible á la desgracia. Abordémosla. (Alto.) Señorita...

ENRIQ. (Sorprendido.) Cielos! un hombre aquí! (Golpes repetidos en la puerta del foro.)

DESC. Oh! Silencio, por piedad... (Suplicante.) Ya van. (Como contestando á los golpes que dan en la puerta.)

ENRIQ. Pero quién es usted?

DESC. Un desgraciado... Supóngase usted todo lo que quiera; pero sálveme usted... yo toco perfectamente el clarinete, limpio chimeneas. Supóngase usted que la amo y que el cabo de gastadores está en la puerta... Ya van; ya van. (Continuando. Nuevos golpes. Todo esto debe ser dicho con precipitacion, y como trastornado completamente.)

ENRIQ. Pero qué desatinos está usted diciendo?...

RUFO. (Dentro.) Vamos, hombre, basta de broma: abra usted.

DESC. Escóndame usted en cualquier parte, aunque sea en la carbonera!... Se lo suplico de rodillas. (Cayendo de rodillas.) Véame usted á sus plantas.

ENRIQ. Pero Caballero!

DESC. Ah! y guarde usted tambien esa maleta. (Dándosela.)

RUFO. (Dentro, y golpeando la puerta.) Que ya me canso!...

DESC. Dale, dale... que van he dicho; no tenga usted prisa. (Cayendo nuevamente de rodillas.) El tiempo vuela, señorita, tenga usted piedad de mí!... (Corriendo á la puerta y volviendo al lado de Enriqueta.)

SERAFIN. (Apareciendo en el dintel de la puerta de la derecha.) Qué veo? El desollinador á los piés de mi novia!...

ENRIQ. (Reconociéndole.) Otro?... Calle, y es el jóven de Capellanes!...

SERAFIN. (Avanzando amenazador hácia el Desconocido.) Conque se ha

introducido en esta casa para robarme el amor de esta señorita?... (Repetidos golpes en la puerta del foro.)

RUFO. (Con voz estentórea.) Que tiro la puerta al suelo!

ENRIQ. Cielos! Si es la voz de mi tio. (Subiendo al foro; el Desconocido la detiene.)

SERAFIN. (Asustado.) Su tio!

DESC. (Deteniendo a Enriqueta que va á abrir.) Deténgase usted.., escóndanos usted primero en cualquier parte.

SERAFIN. Sí, sí, escóndanos usted...

ENRIQ. Usted por aquí. (Indica á cada uno una puerta de las del *pau-coupe*.) Por aquí usted. (Ambos desaparecen y cierran.) Pero y esta maleta? (Reparando en la male a que el Desconocido ha dejado en medio de la escena, y la recoge.) Cielos, mi tia... (Trata de ocultar la maleta entre los pliegues del vestido.)

BENITA. Qué ruido es este? qué golpes son esos?...

ENRIQ. (Turbada.) Yo, tia... no sé... me se figura que...

BENITA. Qué ocultas ahí, niña? Cielos! la maleta!... mis cartas en poder de mi sobrina! (Alto.) Venga acá esa maleta... (Queriendo cogerla.)

ENRIQ. Pero, tia!

BENITA. Que me la des he dicho... (Se la coge á la fuerza: en este momento la puerta del foro se abre con estrépito; D. Rufo aparece.) Mi marido!... (Asustándose y tratando de ocultar á su vez la maleta.)

ESCENA VIII.

LAS MISMAS, D. RUFO.

RUFO. Sepamos; qué es lo que pasa aquí? Dónde está ese hombre?

BENITA. (Intranquila.) Qué hombre?

RUFO. El corresponsal de Tadeo Picornell.

BENITA. Yo no le conozco.

RUFO. Cómo no? en esta sala acabo yo de dejar un hombre!

BENITA. (Ap.) (Él sin duda!)

ENRIQ. (Ap.) (Pues yo he tropezado con dos.)

RUFO. Pero, señor, dónde se ha escondido?

BENITA. No sé...

ENRIQ. Ni yo...

RUFO. Oh! Yo le encontraré... (Dirigiéndose á la puerta izquierda; pero observa á Doña Benita que trata de ocultar la maleta, hasta que al fin la descubre: juego escénico al capricho del actor.) Pero calle, conque dice usted que no le conoce, y tiene usted su maleta en la mano? por qué trata usted de ocultarla? Venga aquí esa maleta.

BENITA. Oh! no, no, jamás! (Ambos luchan por la posesion de la maleta, hasta que D. Rufo se queda con ella.)

RUFO. Entréguemela usted, señora... en ella se encierran las pruebas...

BENITA. Cielos! todo lo sabe!

RUFO. Quiero decir, las muestras del azúcar y del...

BENITA. (Interrumpiéndola muy cómicamente y con entonacion suplicante.) Orlando!... Orlando!...

RUFO. Me llamo Rufo.

BENITA. No la abras, te lo suplico!

RUFO. Pero y por qué?

BENITA. Al ménos delante de mi sobrina: no me obligues á sonrojarme en su presencia!

RUFO. (Sorprendido.) Sonrojarte!... qué significa?... (Demostracion de súplica en Doña Benita.) Véte, niña.

ENRIQ. Pero, tio!...

RUFO. Que te vayas he dicho, y no vuelvas hasta que yo te llame.

ENRIQ. (Marchándose.) Obedezco. (Ap.) (Pero, señor, qué trapisonda será esta?

ESCENA IX.

D. RUFO y DOÑA BENITA.

RUFO. (Con gravedad, y colocando la maleta sobre la mesa.) Ya estamos solos... Te escucho... Ya puedes descorrer completamente el velo que...

BENITA. (Cogiéndole una mano.) Orlando!... me has amado alguna vez? (Esta escena debe ser exageradamente cómica.)

RUFO. Nunca!

BENITA. (Rechazándole.) Bárbaro!

RUFO. Doña Benita, ya sabe usted que á mí no me gustan las indirectas.

BENITA. Afortunadamente, otros han fijado en mí su atencion, y han sabido apreciar lo que usted escarnece...

RUFO. Pero, señora, sabe usted lo que dice?

BENITA. Sí señor, perfectamente; y ya que me arrastra usted hasta el último extremo, lo confesaré todo... ¡Amo y soy amada!

RUFO. Amada? Jesus y qué atrocidad!

BENITA. Es usted un groserote que á cien leguas apesta á mercachifle.

RUFO. (Cogiéndola por la muñeca.) Va usted á explicarme inmediatamente... á decirme quién es ese ente inverosímil que se ha permitido, que ha tenido el valor de...

BENITA. Ah! Conque nada sabias? qué es lo que acabo de hacer, Dios mio, descubrirme yo misma!

RUFO. Su nombre, necesito saber su nombre... (Fingiéndose muy incomodado.)

BENITA. (Me hace temblar!) (Ap.)

RUFO. Ya me conoce usted, y si llego á enfadarme de veras!.. Urff! Urf! (Paseándose y dando puñetazos en las mesas y demas muebles. Doña Benita le sigue suplicante.)

BENITA. Piedad, Orlando, piedad para una débil mujer, para la inesperta jóven cuyo único delito ha sido recibir algunas cartas de amor.

RUFO. Y esas cartas dónde están?

BENITA. Encerradas en esa maleta.

RUFO. Entre el café y el azúcar? Profanacion!

BENITA. Qué dice?

RUFO. Y cuando ha visto usted á ese hombre?

BENITA. Hoy le hablé por la primera vez.

RUFO. Dónde?

BENITA. En esta sala, disfrazado de desollinador.

RUFO. Miserable! no puede aun haber salido de casa. Oh! yo le encontraré y vive el cielo!...

BENITA. (Llorando y juntando sus manos en ademan de súplica.) Oh! no lo mates, no lo mates!

RUFO. Quítese usted de mi presencia!

BENITA. Pero...

RUFO. No me obligue usted á que cometa un elefanticidio. (Cogiéndola las manos y sacudiéndola con fuerza para hacerla entrar en su cuarto.)

BENITA. Ah! Mamá, socorro... mamá! (Llorando.) Yo quiero que me lleven á casa de mi mamá!... (Vase puerta derecha.)

ESCENA X.

D. RUFO sólo.

(Riendo á carcajadas.) Já! já! já!... Pero señor, si parece imposible!... Abro la maleta?... y para qué? no tengo tiempo para ocuparme en leer tontunas; pero eso no impide que busque al tal desollinador y si le encuentro le'prometo una buena paliza... (Vase por la puerta del foro; inmediatamente despues se abren las dos laterales y aparecen el Desconocido y Serafin, los cuales avanzan con resolucion có mica.)

ESCENA XI.

El DESCONOCIDO, SERAFIN.

SERAFIN. Caballero, me debe usted una satisfaccion!...

DESC. Pues no puedo pagar... Le parece á usted que estoy yo muy satisfecho?

SERAFIN. Basta de palabrería... Vuestra hora...

DESC. (Sacando el reloj.) Mi hora? las dos y veinte y siete, pero no se fie usted porque yo atraso.

SERAFIN. Se está usted burlando de mí... veamos qué armas elige usted?

DESC. (Cogiendo la escoba de desollinar.) La única que sé manejar es esta, y como ya me van ustedes cargando todos, voy con ella á administrarle á usted una paliza.

SERAFIN. Á mí?... Eso lo veremos... (Cogiendo una silla.)

DESC. (Escuchando.) Silencio ahora... Viene gente por este lado.
SERAFIN. El tio sin duda! (Asustado.)
DESC. Aquí sobra uno y ese soy yo... (Se mete otra vez en el cuarto de la derecha.)
SERAFIN. Huyamos! (Se dirige al cuarto de la izquierda, pero al entrar Serafin se encuentra de frente con D. Rufo, que le coge por el pescuezo y le trae al centro de la escena.)
RUFO. Te cogí, infame seductor!...

ESCENA XII.

D. RUFO, SERAFIN.

SERAFIN. Suelte usted, hombre, que me estrangula!... (Luchando por desasirse.)
RUFO. (Dándole dos ó tres puntapiés.) Tome usted, tome usted. Lovelace de mala ralea.
SERAFIN. Señor mio, deténgase usted, mire usted que soy todo un caballero!
RUFO. Sí, un caballero deshollinador; una especie de mico... Estoy enterado de todo... Conque es usted el que se permite hacer que lluevan sobre mi casa cartas incendiarias, con el objeto de ponerla fuego?...
SERAFIN. Pero...
RUFO. Tome usted esa maleta; en ella se encierran esas cartas criminales que usted se ha permitido escribir... (Le tira la maleta, que Serafin coge al vuelo.)
SERAFIN. (Temblando) Juro á usted que mis intenciones no pueden ser mas conciliadoras.
RUFO. Cómo conciliadoras?...
SERAFIN. Claro está: qué cosa mas natural. Tropieza uno en su camino con una mujer, de quien se enamora, y el corazon se subleva... Qué hubiera usted hecho en mi lugar?
RUFO. Y se atreve usted á hacerme semejante pregunta?... (Ap. y como dirigiéndose al público.) Pero señor, al marido!...
SERAFIN. Hablemos razonablemente... Quiero suponer que la

afeccion que usted la profesa sea igual á la mia, pero esta afeccion, usted lo comprende bien, no puede ser más que paternal... Usted no se encuentra ya en el caso de...

RUFO. Pero hombre qué dice usted?

SERAFIN. La verdad: cree usted que la situacion en que hoy se encuentra puede satisfacerla?

RUFO. Hasta el presente, señor mio, siempre ha quedado satisfecha.

SERAFIN. Hasta el presente, sea; pero no creo que intente usted condenar á esa pobre mujer, á que permanezca eternamente al lado de usted, y contra su voluntad.

RUFO. Semejante modo de discurrir es incalificable!... (Exaltándose por grados.) habria usted formado el proyecto de robármela?

SERAFIN. Quizá!... pero no; mi intencion era presentarme á usted y decirle. «*Hombre generoso.*» (Serafin deja caer al suelo la maleta y se arrodilla sobre ella.) Si es la idea de una separacion la que entristece á usted, todo puede arreglarse. Yo me vendré á vivir con ustedes; nos amaremos á su vista y bajo su amparo. El corazon de usted no se extremece de alegria al pensar que cada año, le proporcionaremos á usted un nuevo vástago, que tenderá hácia usted sus bracitos diciéndole... Papá!... papá?...

RUFO. Oh!... Esto es ya el colmo de la desvergüenza! .. (Enjugándose el sudor que corre de su frente en el parasismo de la cólera.)

SERAFIN. Pero...

RUFO. Salga usted inmediatamente de mi casa; corra usted, ó de lo contrario...

SERAFIN. Está bien; puesto que es usted un hombre egoista, testarudo é incivil, me retiro. Abandono la plaza, por breves momentos, á otro más feliz que yo, pero le juro á usted que volveré, y entónces...

RUFO. Otro?... cómo otro?...

SERAFIN, Si señor; otro hombre al cual acabo de sorprender

aquí, hace un instante, á los piés de su sobrina de usted.

RUFO. De mi sobrina?

SERAFIN. Declarándola su amor!...

RUFO. (Con alegría.) Qué escucho? Oh! felicidad!... no puede ser otro que el corresponsal de Puerto Rico!...

SERAFIN. (Ap.) Qué dice?... habré yo cometido alguna torpeza?

RUFO. En cuanto á usted, largo de aqui; líbreme usted de su presencia.

SERAFIN. Obedezco, pero no me doy por vencido: yo tomaré mi revancha.

ESCENA XIII.

D. RUFO, despues el DESCONOCIDO.

RUFO. Qué felicidad! enamorado de mi sobrina! un hombre rico y hermano de... pues señor magnífico negocio!... (Frotándose las manos.)

DESC. (Entrando.) Creo que ya no hay nadie. . Si pudiera escapar... Ah! el tigre!... soy perdido... (Hoye. El Desconocido sale tímidamente de su escondite; ve á D. Rufo y quiere escapar, pero no le es posible porque ya este le ha cogido por el faldon de la levita.)

RUFO. Le pesqué!

DESC. Déjeme usted, déjeme usted... (Queriendo desasirse.)

RUFO. Pero venga usted acá, inocente; tranquilícese, yo no le quiero mal.

DESC. Qué, sabria usted?

RUFO. Lo sé todo. Pero hombre, por qué no ha sido franco? ensancha tu pecho... Te la doy...

DESC. Cómo, á la novia del gastador?

RUFO. Que gastador, ni que niño muerto; á mi sobrina.

DESC. (Sorprendido.) Su sobrina!...

RUFO. (Viniendo á él con los brazos abiertos.) Venga un abrazo... (Se abrazan.) Otro... y otro...

DESC. Hombre, basta; que me va usted á reventar... (Desprendiéndose de los brazos de D. Rufo.)

RUFO. Ahora puedes ya considerarte como de la familia...

DESC. Y me tutea! (Ap.)

RUFO. En tal concepto puedo abrirte mi corazon... Creo que la vieja me engaña, y aunque esto me importa un bledo...

DESC. Quién es la vieja?

RUFO. Benita.

DESC. Y quién es Benita?

RUFO. Quien ha de ser, mi mujer: una vieja loca que ha leido muchas novelas y que tiene la cabeza un poco trastornada...

DESC. Bah!. eso no es posible; á sus años!... (Ap.) Si supiera...

RUFO. No me cabe duda: existe una especie de mono sabio que la hace la córte y al que acabo de arrojar de mi casa...

DESC. Calle, al jóven que estaba aquí hace un momento?...

RUFO. Justamente... disfrazado de desollinador.

DESC. Pero, hombre, si está usted tocando el violon. Á quien ese jóven hace el amor es á su sobrina de usted; á mí mismo me ha dicho que tenia preparado un rapto.

RUFO. Qué me dice usted?

DESC. Y si quiere evitar una catástrofe, no hay un minuto que perder. . Corra usted á impedirlo. Su sobrina de usted ha huido con él. Un carruaje los espera en la esquina de esta calle: puede usted convencerse por si mismo... (Abriendo la ventana.) Vea usted... vea usted ..

RUFO. Qué infamia! (D Rufo se asoma á la ventana, el Desconocido le imita, pero ocultándose detrás de él.)

DESC. (Retirándose asustado.) Maldito hombre! y no se cansa: siempre de centinela en la puerta del café... (Ah! qué idea! (Ap. y como iluminado por una idea repentina, coge su abrigo ó *Mar-faclane*, y se lo pone sobre los hombros á Don Rufo.)

RUFO. (Dirigiéndose á la puerta.) Oh! yo los alcanzaré... Pero qué hace usted?

DESC. Disfrazar á usted con mi abrigo para que no le conozcan al aproximarse. (Le levanta el cuello del abrigo para ocu

tarle mejor la cara, y le eche el sombrero sobre los ojos.)

Rufo. No es mala idea.

Desc. Ahora corra usted en su persecucion!

Rufo. Corro!... (Váse corriendo por la puerta del foro.)

Desc. Perfectamente... (Escuchando.) Ya baja los escalones de cuatro en cuatro; ya está en la calle... Veamos ahora mi gastador... (Aproximándose á la ventana y mirando con precaucion.) Magnífico! tragó el anzuelo.. Avanza precipitadamente hácia don Rufo... le detiene!... Ah! (Bajando al centro de la escena.) El honor está satisfecho! (Se oyen en la calle dos bofetadas, y luego voces y ruido.) Ahora huyamos... (Se dirige precipitadamente á la puerta del foro, pero Doña Benita, que ha entrado momentos ántes y ha cerrado todas las puertas, le cierra el paso.) Ah!... otra vez esta mujer!...

ESCENA XIV.

El desconocido, doña Benita.

Benita. Estás pronto?

Desc. Á qué?

Benita. Á morir!

Desc. Á morir?... y por qué?

Benita. Y tú me lo preguntas, cuando el bárbaro dudar no puede ya de nuestro amor! (Con entonacion trágica.)

Desc. Pero, señora, y quién ha podido decirle...

Benita. Yo!

Desc. Pues, señora, muchas gracias; lo que á mí me conviene en este momento, es...

Benita. Basta de vacilaciones, jóven.

Desc. Eso es lo que yo digo; basta de tontunas: ni la conozco á usted, ni la amo, ni hasta hoy la he visto á usted en mi vida.

Benita. Y tus cartas, pérfido?...

Desc. Yo no he escrito ninguna carta. (Con enfado.)

Benita. Con que ahora te arrepientes, ingrato? Es decir que la proximidad de la catástrofe te hace desfallecer? pero es

ya tarde; nuestro destino debe cumplirse, y se cumplirá.

DESC. Pero oiga usted, señora!...

BENITA. (Cada vez más entusiasmada y amorosa.)

Ten valor, satisface mi deseo.
Yo Julieta seré, tú mi Romeo.

DESC. Á esta mujer es preciso meterla inmediatamente en una jaula!...

BENITA. Dime, qué género de muerte es el que prefieres?

DESC. Yo? Ninguno.. Ah! sí, ahora recuerdo que una gitana me dijo que moriria sobre un campo de batalla; conque ya ve usted, como no me traigan aquí un campo de batalla...

BENITA. Hechicero jóven, espérame, voy á satisfacer tu deseo!...

DESC. Demonio! Si irá á traerme un campo de batalla... (Váse por la derecha.)

ESCENA XV.

DESCONOCIDO, solo.

Lo cierto es que mi situacion es cada vez más comprometida, y yo necesito á todo trance salir de esta casa de Orates... La puerta está cerrada, pero á bien que el gastador ha desaparecido y por esta ventana, de un salto me planto en la calle... (Corre á abrir la ventana; una piedra lanzada desde la calle viene á darle en la cara. Retrocediendo.) Canario!... á poco me salta un ojo!... (Reparando en un papel que ha caido al suelo.) Una carta... veamos. «Querido ángel mio: tu tio ha salido precipitadamente, olvidó cerrar la puerta de la escalera, pero la de la sala no está abierta; tírame la llave por la ventana, y subiré al instante á castigar á ese imbécil que se ha permitido poner los ojos en tí.» (Estrujando la carta con rabia.) Es decir que el imbécil soy yo!... En esta sala me espera el suicidio, en la escalera, si me decido por la huida, una escena de pugilato!... ¿por cuál optar de estos dos extremos?

ESCENA XVI.

El DESCONOCIDO, DOÑA BENITA, con un sable de caballería, un puñal y dos pistolas en el cinto.

BENITA. (Sacando una pistola y montándola.) Estás ya dispuesto?

DESC. Dale!... otra vez?...

BENITA. Siempre! Dime, te falta alguna cosa? ..

DESC. (Palpándose.) No señora, creo que estoy completo... pero aparte usted esa pistola... cierta clase de bromas me revientan.

BENITA. Conque crees que esto es una broma? sí, eh?... ya verás, ya verás!...

DESC. Lo que yo quiero ver, es la llave de esa puerta, la cual me va usted á entregar inmediatamente.

BENITA. La llave?... mira lo que hago con ella... (La tira á la calle por la ventana. Voz dentro.) «Gracias.»

DESC. (Cayendo sobre una silla.) Qué ha hecho usted?... me aplastó!...

BENITA. Qué dices, hombre ingrato, qué dices?...

DESC. Digo que acaba usted de entregarme á merced de ese perro rabioso que quiere romperme una costilla.

BENITA. Pero qué perro es ese?...

DESC. (Con ansiedad creciente.) Ya sube la escalera; se aproxima... Ya le tenemos aquí!... (Desconocido que ha subido á la puerta del foro y escucha.)

BENITA. Un extraño?... Entónces no tenemos tiempo que perder. Toma este puñal, clávalo en tu corazon... yo me saltaré despues la tapa de los sesos.

Te seguiré á la tumba enamorada
por la luz de tus ojos fascinada!...

DESC. (Huyendo.) Señora, estése usted quieta; que me va usted á pinchar.

SERAFIN. (Adelantándose.) Es á mi á quien corresponde castigar á este pillo... (La puerta del fondo se abre y aparece Serafin.)

DESC. (Escondiéndose detrás de Doña Benita.) El pillo lo será usted.

BENITA. (Poniéndose en guardia con el sable, sin permitir avanzar á Sera-

fin.) Quién es usted, ni con qué derecho se permite entrar en esta casa?

SERAFIN. Qué, no me conoce usted?... soy el jóven de Capellanes...

BENITA. Cielos! el jóven de la bufanda azul!... mi simpático... (Dejando caer el sable.)

DESC. Él!...

BENITA. El autor de esas embriagadoras cartas!... el que verdaderamente me ama!...

SERAFIN. Yo á usted? ¡Jesus y qué disparate!... mis cartas eran dirigidas á la señorita Enriqueta.

BENITA. Á mi sobrina!... (Cayendo sobre una silla consternada.)

SERAFIN. Su sobrina!

ESCENA XVII.

Los MISMOS, ENRIQUETA, despues D. RUFO, sostenido por un criado y en un estado deplorable.

ENRIQ. (Entrando por el fondo.) Tia! tia!... ah! qué desgracia.

TODOS. Qué sucede... Ah!... (D. Rufo aparece; todos se apresuran á ayudarle y le colocan en un sillon. Tras los vestidos desgarrados; sangre en la cara y en la camisa, y morado todo el círculo del ojo izquierdo.

DESC. Pobre señor!... Pero qué tiene usted en ese ojo? Mi abrigo desgarrado!... la camisa llena de sangre! ¿Es que acaba usted de batirse? (Con marcado interés.)

RUFO. (Despues de beber un vaso de agua y tomar aliento.) No; me han batido, que es mucho peor... me acaban de administrar una paliza mayúscula!

TODOS. Una paliza?...

DESC. (Ap.) Cuando pienso que todo esto estaba destinado para mí, me estremezco!...

BENITA. Pero explícate!

RUFO. Nada; la cosa más sencilla del mundo; un cabo de gastadores que estaba acechando á no sé quién.

DESC. (Ap.) Respiro!

RUFO. Para desahogar en él su cólera; y equivocándome con el susodicho individuo, vino á caer sobre mí como una bomba.

SERAFIN. Qué barbaridad!

RUFO. Lo ménos he recibido seis docenas de puntapiés y de bofetadas; debo tener el cuerpo como un Hecce Homo.

BENITA. Pero ese hombre es un asesino... es preciso dar parte, avisar al comisario!...

SERAFIN. Es claro, usted no debe dejarlo así.

RUFO. (Reconociéndole y levantándose indignado.) Cómo! usted aquí y aún tiene valor, cuando es el que tiene la culpa de que yo me vea en este estado? cuando por correr en su persecucion!...

SERAFIN. Mal hecho; yo no he faltado á usted... en lo más mínimo... Por el contrario, vengo nuevamente á pedirle la mano de su sobrina... Soy rico; estoy establecido, y si usted consiente...

RUFO. Pero y tú, niña, qué dices?

ENRIQ. Yo, tio, que me parece bien. (Bajando los ojos.)

RUFO. Pues á mí no... Esto no puede ser. Tengo prometida tu mano á mi amigo... Hombre, ahora que me acuerdo, cómo se llama usted? (Dirigiéndose al Desconocido.)

DESC. Benjamin Caralampio Bericoriguri maechea.

RUFO. (Continuando.) Pues bien; tengo ofrecida tu mano á mi amigo Benjamin Beriguricori...

DESC. Alto (Interrumpiéndole.), amigo mio; por mi parte relevo á usted de su compromiso y la cedo á mi rival; con tanta mayor razon, cuanto que en todo esto parte usted de un principio equivocado...

RUFO. Cuál?

DESC. Que usted me cree comisionista de azúcares y cacaos, y yo sólo comercio en...

RUFO. En qué?

DESC. (Titubeando.) En... en palo campeche y en agujas de hacer media.

RUFO. (Consternado.) Fatalidad!

BENITA. (Ap.) Y he abierto yo á este hombre los abismos de mi

corazon!

RUFO. En fin, consiento en la boda, y basta que nos hayamo conocido, señor de Bericú, continuaremos siendo amigos; venga esa mano; hoy se queda usted á comer con nosotros.

DESC. Con mucho gusto.

BENITA. (Hablando consigo misma y como preocupada.)

Hojas del árbol caidas
juguete del viento son!

DESC. (Interrumpiéndola.) Basta señora, no diga usted más disparates.

Las ilusiones perdidas
serán si con una grita
nos dan hoy la desazon.

FIN.

